

la dominación española," que es una de las mejores producciones del Sr. Lic. Velázquez, acordó incluirlo en sus "Memorias." De esa docta Corporación es individuo, en la clase de correspondiente, desde 1886.

Entre los aquilatados merecimientos que la Historia patria reconoce á D. Joaquín García Icazbalceta, no es el menor aquella inagotable bondad con que animaba y favorecía á los estudiosos. Alentado por aquel varón magnánimo, pensó alguna vez el autor del presente libro emprender una obra de más empeño, y al efecto pretendía labrarse modesto retiro donde gozar de bienes tan rara vez alcanzados como la soledad y el olvido. Mas no parece que lleven ese rumbo sus actuales sucesos. Ha vuelto á ejercer su profesión de Abogado; y á fin de que no se pierdan los documentos allegados, ha cuidado de reunirlos en cuatro volúmenes, con el título de "Colección de Documentos para la Historia de San Luis Potosí (1897-1899)," que sin duda serán de grande utilidad á los escritores de historia.

Quiera Dios reservar al Sr. Velázquez algunos días serenos, para que así pueda volver al campo que regó con sus afanes en lo más florido de su edad, con lo cual recibirán gran provecho las letras patrias.

DESCUBRIMIENTO  
Y  
CONQUISTA DE SAN LUIS POTOSI.

---



---

Este discurso fué pronunciado con grande aplauso en el Teatro Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 27 de Agosto de 1892.



**D**EL júbilo que me embarga al verme, si quiera breves instantes, dueño, señores, de esta tribuna por elocuentes oradores ennoblecida; indicio claro es lo trémulo de mi voz, nunca más desdichada que hoy, en que anhelara que os pareciese igual á la vibrante y sonora de un clarín de batalla.

¡Atención! ¡silencio! deseara gritar espontáneamente hacia donde la luz nace y hacia donde el sol se pone, como solían los reyes de armas en la jura de los soberanos, desde el tablado en que desplegaba el real estandarte un oficial de Su Majestad. ¡Silencio! ¡atención! en altos é inteligibles sonidos quisiera repetir hacia los puntos en

que descansa el eje de nuestro globo. Mas ya veis cuán débil es mi voz y cuán menguado mi aliento, tanto, que de nada me sirve haber acudido aquí presurosamente, ni haberme, como los insectos en la red que el astro del día les tiende por los espacios infinitos, dejado cautivar del objeto á que estas conferencias se dirigen.

Válgame, empero, que si vengo á publicar un regocijo de real orden, procede ésta de la Musa soberana, cuyo poder, siquiera no sea ejercido en períodos alados y metros resonantes, alcanza siempre á encender el sagrado fuego en los pechos á quienes dispara su dardo, más punzador que el acero y más fulgurante que los ojos de las hermosas. En nombre de ella os invito á rendir vasallaje á un monarca; pero es á uno ante quien después de seiscientos años se inclina todavía la frente de los grandes, y cuyo nombre se jactan de llevar los más cumplidos caballeros del orbe. Lo tiene esta hermosa tierra, que en sus entrañas guarda los huesos de nuestros padres; y bordado de luceros podéis leerle en ese pedazo de cielo, que amorosamente cobija á los vivientes más queridos de nuestra alma.

Luis IX de Francia fué santo, y, no os cause sorpresa el oirlo, por eso fué gran rey. Con el dulce imperio de sus virtudes sometió más corazones que otros con el brillo de sus proezas; y si zanjó los cimientos de la unidad de Francia, no fué con la espada, con el cetro que hacía brillar "so las encinas" de Vincennes; y si dejó un nombre gloriosamente inmortal, fué porque, señoreando á su época, imprimió el sello de la piedad cristiana á sus pragmáticas, á sus fallos, á sus tratados, á sus empresas y aun á sus desgracias.

Si la humildad y mansedumbre con que ejerció la autoridad, no hubiesen sido lo que fueron; su intento de combatir el feudalismo para bautizarle y hacerle cristiano, se habría estrellado quizás en el orgullo y poder de los barones, habituados á empuñar las armas para decidir sus particulares querellas y resistir la invasión en sus ilimitados derechos. Y si su abnegación no hubiera sido la de un justo, ¡cuán pequeño habría parecido en el cautiverio! . . .

Mas porque su hidalguía y entereza, al par que su rectitud y prudencia, fueron las de un santo: por eso fué gran diplomático,

devolviendo el Limosín, el Perigord y el Querey, libre y espontáneamente al rey de Inglaterra, á quien debió maravillar la devoción no menos que á los antiguos súbditos de Felipe Augusto: por eso fué gran político, cimentando en la bondad y el orden las relaciones de los eclesiásticos, feudatarios y clase media con el trono: por eso fué gran legislador y reformador, estableciendo primero el derecho y reduciéndolo luego á hechos con la creación de la verdadera magistratura: por eso fué gran cruzado, más ilustre en la rota y el cautiverio que lo hubiera sido en el triunfo. Y porque fué todo eso, no es de extrañar, que aun de este lado del Atlántico, en el centro de un territorio donde jamás se paseó el pabellón de las flores de lis, y que solo desbandadas vió un día á las águilas imperiales francesas; no es de extrañar, digo, que el nombre de San Luis se halle tan hondamente grabado en nuestros anales políticos, como elevada está su efigie en los altares de nuestros templos.

Teniendo delante la ejecutoria de este Municipio, vuestras miradas tropiezan al punto con el hermoso dibujo en que las ba-

rras de plata y oro y el cerro del Potosí que ahí se figuran, no son ciertamente lo que más digno de atención os parece, sino la imagen que llena el centro, y á cuya vista seguro estoy de que sentiréis henchida el alma de orgullo. Porque si á los caballeros se distingue por la divisa, y un escudo de armas es recuerdo y símbolo al par; ¿cómo no enorgullecerse de que, además de la plata viva (*argentum vivum*) y del oro puro (*aurum mandum*) que dieron á esta ciudad el nombre de Potosí, hayan vuestros progenitores tenido las altas y nobles prendas simbolizadas por San Luis, que fué dechado de grandes, espejo de caballeros y flor de cristianos héroes?

Hermano nuestro en la fe, tampoco es un extraño por la raza el hijo de doña Blanca de Castilla; y al notar esta feliz circunstancia, hoy que la Iglesia le venera, advertiréis asimismo cuán justo es evocar la memoria del virrey que, dando su nombre al lugar de nuestra cuna y donde plegue á Dios hallemos nuestra tumba, selló con la inmortalidad un pacto que nada ni nadie podrá romper. Como San Luis de la Paz, y casi al mismo tiempo, según todo lo indi-

ca, recibió esta tierra el nombre que lleva y fué puesta bajo la protección del santo rey de Francia, por haber sido pacificada y sometidos sus habitantes, gobernando el virrey don Luis de Velasco el segundo. No ignoráis que este prócer, que reputaba á la Nueva España como su patria, cuidó siempre de ejercer la real autoridad en bien de todos y honra de ambas majestades. Si, pues, cúpole en suerte ajustar la paz con los *cabeceras rojas*, que aquí vivían; más salvajes, belicosos y feroces que ningunos de cuantos en Méjico hallaron los españoles; los más celosos de su independencia; los últimos reducidos, menos por fuerza de armas que por halagos y promesas y la predicación de los misioneros; convendréis conmigo en que, lo mismo que el soberano francés su patrono, fué este virrey de que hablamos, por su espíritu de justicia, digno de su fortuna y de su gloria.

Hállome á dicha en medio de una sociedad profundamente cristiana y culta, que ni se estremece oyendo nombrar á quien trocó su corona de oro por una de estrellas, ni se desazona con el recuerdo de un virrey que, siquier noble y dignamente, mandó en

el período llamado de la opresión y del obscurantismo. Mas si entre vosotros, potosinos, hay quien al oír de santos y reyes sienta celos de libertad y rencores contra el fanatismo, tengo por cierto que tales movimientos, como el hervor de las aguas que van á desembocar á una laguna, habrán hoy de mudarse en plácida y deleitosa calma, tan pronto como rinda su corazón al grande, entrañable afecto que nace con nosotros, bebe de la misma leche que nos sustenta y crece al vaho de las caricias paternales.

El interés por los sucesos ó prósperos ó adversos de nuestra tierra, es tanto más noble y puro cuanto más lejana la época en que acaecieron. Aconsejados del egoísmo, encerrados en nuestra ordinaria estrechez de miras, desdeñaremos quizás aquello á que nuestra vista ó nuestro poder imaginativo no alcance, persuadiéndonos de que la distancia y el tiempo no relajan en vano los vínculos del parentesco, de la amistad y del amor. Mas cuando por obra de magia surge un acontecimiento remoto, de tal suerte vivo, animado, latente, que es posible en él distinguir la parte que cupo á los

nuestros; y ver, en los heridos, la sangre misma que corre por nuestras venas, en sus ojos el mismo fuego que arde en nuestras entrañas, y en su frente la Sombra del mismo laurel que crece en el huerto de nuestros ensueños; ¿quién habrá que no vuele á la época en que acontece; y curioso, ardiente, arrebatado á la postre, no aspire á reconstituir el sitio con exactas medidas y proporciones, con sus colores y matices propios, con sus calles y casas y templos, sus montañas, sus bosques, sus ríos; y no quiera soplar luego sobre los huesos, como por los cuatro vientos hizo el Profeta, para completar la visión animada y maravillosa, y gozar ampliamente de ella, no tanto por lo que en sí valga contemplada en nuestro lugar y nuestro siglo, cuanto por los tumultuosos afectos que hará desbordar en su pecho?

Imposible confundir tal aspiración con el impulso que siente el alma á lo desconocido; ni el deleite que engendra, con el vanidoso contentamiento que suele dejar la curiosidad satisfecha. Más poderoso que el arte, más ardiente que el afán de lo misterioso, es este sublime anhelo que encadena

los corazones de padres é hijos, y que, ensanchando los lindes de lugar y de tiempo, constituye la solidaridad de las razas y la unidad de la historia. Las nacionalidades perecen cuando los dioses se alejan; pero la patria está viva, mientras Eness lleva á cuestas al viejo Anquises su madre.

¡ Ah! Si á impulsos de vuestro patriótico afecto quisiérais hacer la peregrinación de la historia, ninguna ocasión, creedme, os brindaría mejor que la presente con grandes y poderosos incentivos. Hoy hace trescientos años que el virrey marqués de Salinas envió la vara de la justicia á don Juan de Oñate, el primer alcalde mayor que fué de esta tierra; y ese acto constitutivo de la autoridad, muy en sazón recordado, es de suyo poderoso á evocar las gigantescas figuras de los misioneros y soldados que para su fe y su rey ganaron el pueblo y minas del Potosí: para la fe de San Luis; para el rey de las Españas, cuya majestad representaba don Luis de Velasco el segundo.

No ha sido, pues, fuera de propósito recordar al santo monarca y al esclarecido virrey, hoy que nos cumple celebrar el advenimiento de nuestra ciudad y nuestro

Estado á la vida civilizada, comparando los actuales con los hombres y las cosas de la decimasexta centuria. ¡Qué transformación tan maravillosa en tres siglos! Los árboles que poblaban estas montañas, las malezas que vestían estos llanos, las corrientes que los surcaban... ¡todo ha desaparecido! Rocas peladas y abruptas coronan las lejanías del extenso valle potosino caldeado por un sol tan ardiente como el que en las llanuras de la Mancha derretía los sesos del andante caballero. El agua que, siquier escasamente, corría por la superficie ó á pequeñas profundidades, se hunde más cada día; y en balde con el humo que se escapa por las chimeneas de las fábricas de los talleres, de las locomotoras, se engruesan las nubes del cielo: bárrelas el viento de diario, como barría antaño del uno al otro ecnífú á los aborígenes que vagaban por estos sitios cazando, ó en pos de las tunas y hierbas y raíces que les regalaba espontáneamente la virgen naturaleza. En cambio, á las miserables rancherías donde por acaso se congregaban los desnudos cazadores, han sucedido villas y ciudades que se ufanan con los trofeos de numerosas conquistas.

Por el mismo camino de los carros cubiertos, que á guisa de fortaleza usaron los españoles, para defenderse de las recias cuanto frecuentes embestidas de los guachichiles, corren hoy trenes más veloces que la flecha de aquellos salvajes. Y donde quizá ellos ofrecían al sol saliente un puñado de hierbas y alguna pieza de caza, élévanse templos en que las Especies Eucarísticas fulguran como aseua de oro, entre el humo del incienso, la crepitación de los cirios y los acordes de la profética salmodia. Descendientes vosotros de una raza de indios inculta, pero belicosa y lozana, y de otra europea civilizada, fuerte y altiva, agobiáis este suelo para el cual habéis ganado el nombre de San Luis de la Patria; y enamorados de lo grande, vais incesantemente hacia la luz, convirtiendo en vuestro provecho los elementos que á vuestros padres sirvieron para destruir: la pólvora, en tajante espada que hiende las montañas; el acero, en canal por donde corre la savia de las industrias y del comercio; y el fuego y el hierro que asolaban á los pueblos, en luminosa y rauda saeta que llega á los más remotos confines, simbolizando el progreso.

con que, bajo el amparo de la Providencia, se ha engrandecido nuestra edad.

Mas ¿quién zanjó los cimientos de vuestra grandeza? ¿Quién desbrozó los campos donde cogéis el ordinario sustento? ¿Cúya fué la mano que echó en el surco la primera simiente? ¿Cuántos y cuales fueron los á que la hicieron germinar con el sudor de su cara? ¿Quién plantó la Cruz, bajo cuya sombra duermen en paz vuestros padres, y cuyos brazos, siempre tendidos, os brindan seguro asilo en las borrascas de la vida?... Bajando á la sima de los tiempos; fijando con precaución los pies en las antiguallas que, á modo de piedras salientes, nos han sido deparadas por acaso feliz ó paciente investigación; guiándonos á trechos por el hilo tenue, casi sutil, que ministran algunos papeles borrosos y uno que otro volumen de los que polvorientos y olvidados yacen en la ruinosa estantería de las bibliotecas; se encuentra ya gracias al cielo, si quiera muy diseminados, pedernales que heridos por eslabón de diligente trabajo, despiden chispas sobre el fondo en que han ido aglomerándose todos los despojos, armas, trofeos, joyas, utensilios, huesos, crá-

neos, cuanto en la tierra fueron y poseyeron nuestros mayores.

¡Dichoso yo si logro proyectar ante vuestros ojos, á mi pesar descolorida, la imagen que en el peligroso descenso ha podido aprehender mi retina; y más dichoso aún, si irritado vuestro ánimo por la temeridad de mi intento, os apoderáis de la obra y la hacéis vuestra y vertéis sobre ella á raudales la potente luz que vuestro entendimiento atesora!

## I

No he menester ponderaros el influjo que tenía el oro sobre aquellos osados aventureros, á quien el ansia de glorias y medro empujó á las playas del Seno Mejicano. Bien sabéis cuál quedaron deslumbrados al brillo de los presentes de Motecuhzoma, y cuánto se holgaron de que les devolviera un casco lleno del codiciado metal. Adolecían, según dijeron, de extraño mal de corazón que sólo se curaba con oro; y acosados por tan aguda enfermedad, arrollan



distancias, luchan fieramente con peligros y reveses; y hasta clavar su estandarte en el riñón del imperio azteca, no cesan de prodigar su temerario valor y su altiva sangre. Ni siquiera se calma su dolencia con el botín de la gran ciudad; que su ambición, como la sed del febricitante, es devoradora é insaciable. Ella, desde lo alto del trono en que Su Majestad el vencedor aparece, rodeado de cuantos nobles sobrevivieron á la catástrofe, deja caer estas palabras sobre una canoa agobiada de ricas preseas: "¿no hay más oro que éste en Méjico?"..... A poderlo, respondieran las víctimas del desastre, turbas escuálidas y macilentas que salen en fúnebre procesión por calzadas y lagunas, dejando mal de su grado en poder de castellanos y aliados que las registran y roban, los míseros despojos de su fortuna. Mas ellas pasan llevando el secreto de su riqueza; como lo llevó á la tumba Cuauhtémoc, el último rey de Méjico; como lo llevó el Calzontzin, último rey de Michoacán.

Perdida la esperanza de coger los reales tesoros, presumible es con qué ardimiento se entregarían los españoles al afán de bus-

car las minas, de que, por los granos crespos que Motecuhzoma les envió en el casco, tenían noticia cierta, cual nos dejó escrito Bernal Díaz del Castillo. Cortés el primero, que personificaba las altas virtudes como los grandes vicios de su raza y de su tiempo, apenas tomada Méjico, despachó cuatro españoles por dos caminos distintos á reconocer la mar del sur, donde según personas de ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, "se habían de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables." Empero, la *muy buena muestra de oro de minas*, que de regreso trajeron los primeros emisarios, por mucho que la primacía pudiera halagarnos, no basta para afirmar con Lorenzana que en tal ocasión se descubrieron, fuera de otros, los minerales del Potosí y Zacatecas. Cerca de ciento y treinta leguas anduvieron dichos emisarios rumbo al mar; y tanto ellos como los otros dos españoles que salieron al mismo tiempo, fueron hacia las partes de Colima y Tehuantepec. El propio año de 1521, Gonzalo de Sandoval se dirige á las provin-

cias marítimas del Golfo, al paso que otros se encaminan á los países de mixtecas y zapotecas. Por 1522 vuelve á salir Sandoval á Coatzacoalco, mientras Alvarez Chico y Alonso de Avalos marchan en dirección de Zacatula y Colima. En socorro de éstos vuela Cristóbal de Olid por Michoacán. Todos van hacia el sur; nadie se mueve á estas partes; ni siquiera se las menciona; y ¿quién duda que si entre las muestras de oro llevadas á Cortés, las hubiera habido de Zacatecas y San Luis, no se habría encauzado luego á esta región, alguna impetuosa corriente de las que, rompido el dique de la capital, hizo desbordar la conquista, el *auri sacra fames* de los codiciosos de gloria?

¡No! A excitar el entusiasmo de los soldados y calmar su dolencia del corazón, nada poderosas eran las noticias que tenían del país de los chichimecas. Su nombre que había sido gala de los señores, denotaba entonces barbarie; y su miseria y desnudez sindicaban de estéril y pobre su tierra. De los que caían hacia las vertientes de Michoacán, no los había que poseyeran más que su arco y sus flechas; y de los que co-

rrían hacia acá, por la inmensa y estéril llanura que el gran Motolinía apellidó la mayor de la Nueva España, sólo en tiempo de frío se cubrían con cueros de venado, de cuya carne comían asada, así como la de liebres, conejos, víboras y culebras, en que su suelo abundaba; y sin choza, ni casa, ni hogar, tenían por único abrigo el escasísimo de algunos árboles, en su mayor parte tunales. ¿Qué aliciente podía ofrecer su conquista á los buscadores de oro?

Con todo, si á los principios la desdeñaron los castellanos, no así algunos indios prominentes, ganosos de distinguirse y de obtener las reales mercedes. Don Nicolás Montañez de San Luis, pariente cercano de Motecuhzoma y cacique de Jilotepec, afamó su nombre con la reducción de Santiago de Querétaro, San Juan de Apaseo y San Francisco de Acámbaro, por los años de 1525 y 1526. De la gloria ganada en tales empresas cupo buena parte á don Hernando de Tapia, otomí que sustentaba á su costa quinientos flecheros, y que entre sus merecimientos cuenta, además, el haber sido poblador de la villa de San Miguel el Grande. Ignoro si fué favorecido de la corte de Es-